

Simbología de las sirenas en relatos al sur de la Ciudad de México

GRISSEL GÓMEZ ESTRADA

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Agradezco a Arturo Cosme sus atinadas
observaciones y sugerencias.

La sirena es un tópico frecuente tanto en la literatura culta como en el folclor universal. Aparece en coplas, adivinanzas, juegos y múltiples tipos de relatos. En la tradición oral mexicana, la encontramos sobre una piedra en medio del mar, generalmente tocando una guitarra o dando consejos de amor. Al respecto, también se ha escrito un vasto número de estudios. Confundida a veces con la Llorona y otras criaturas femeninas, sensuales y peligrosas, la sirena es tan usual a lo largo de los siglos y a lo ancho de diversos territorios que presenta diversos significados.

No deja de ser curioso haber encontrado relatos orales sobre sirenas en pleno centro del país, lejos del mar, en la caótica urbe de la Ciudad de México. Durante una recopilación de campo que mis estudiantes de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México llevaron a cabo como parte de las actividades del curso Taller de Artes Literarias I, uno de mis alumnos encontró que en los pueblos originarios¹ de las delegaciones Xochimilco y Milpa Alta aún se contaban historias sobre sirenas. El semestre siguiente, otros estudiantes que cursaban Lenguaje y Pensamiento II se dieron a la tarea de buscar relatos de este personaje en lugares del todavía Distrito Federal en los cuales hubiera lagunas, lo cual

¹ Lugares donde habitan indígenas que aún se rigen por *usos y costumbres*.

no fue fácil, dado que, por diversas razones que se verán en este texto, ese relato está desapareciendo de la tradición del sur de la ciudad. Sobre todo por ello, considero importante dar a conocer los diez relatos sobre sirenas, que en este número aparecen en la sección Textos y Documentos.

Mi propósito aquí es analizar esas narraciones y buscar, especialmente, cuál es el símbolo (o los símbolos) que las sirenas representan en la idiosincrasia de estas comunidades, no sin antes hacer un recorrido bibliográfico que apunte a observar la simbología de la sirena en otros ámbitos.

El símbolo se define como “aquel signo que, en la relación signo-objeto, se refiere al objeto que denota en virtud de una ley o convención que es su condición constitutiva y que suele consistir en una asociación de ideas generales que determina la interpretación del símbolo por referencia al objeto” (Beristáin, 1992: 450). Por supuesto, la comunidad, familiarizada con dichas convenciones, interpreta y decodifica el símbolo. De esta forma, el contenido simbólico va más allá de lo que el texto denota, lo cual es propio de todo tipo de obra de arte.

Más aún: la importancia del símbolo no se limita a su carácter como sustituto o representación de un contenido mayor, sino que está relacionado con el significado del *ser* a partir de una metáfora, misma que es un medio de conocimiento. Me explico: la metáfora ha pasado de ser concebida sólo como un ornamento a un medio de generación del conocimiento, al proporcionar una explicación de los fenómenos de la realidad mediante imágenes expresadas con palabras. Esto ocurre, sobre todo, cuando dichos fenómenos son abstracciones, realidades subjetivas, como la belleza, el amor, la inteligencia o la misma realidad, abstracciones que en la realidad ocurren en específico en múltiples actos concretos, por lo cual son difíciles de definir. En muchos casos, incluso en lo que concierne a fenómenos concretos, en vez de que los conceptos se basen en esencias, se basan en descripciones. Asimismo, el símbolo está formado, precisamente, por un lenguaje metafórico, por lo que puede actuar también como un medio para conocer el punto de vista de las comunidades que muestran en su

tradición oral aquellos conocimientos que vale la pena guardar en su memoria.

Por otro lado, las narraciones en general poseen tanto una parte denotativa o literal —plenamente disfrutable—, como otra connotativa o figurada —más interesante, ontológica, esencia del texto—, es decir, simbólica:

El símbolo es el fundamento de todo cuento. Es la idea en su sentido originario, el arquetipo o forma primigenia que vincula el existir con el Ser. Por él, a modo de puente, el ser se manifiesta a sí mismo: crea un lenguaje, inventa los mundos, juega, sufre, cambia, nace y muere (Olivos, 1986: 9).

La develación del símbolo le permite al ser humano aplicar un método diferente para conocer, para acceder a la realidad, pues “Permite [...] captar de una cierta manera una relación que la razón no puede definir” (Chevalier, 1986: 25).

Ahora bien, el ser humano, como miembro de una colectividad, posee una especie de rastro, una huella primitiva en su contenido psíquico, inconsciente, que pertenece a toda la comunidad. Jung lo explica de esta forma: “Los contenidos del inconsciente personal son en lo fundamental los llamados *complejos de carga afectiva*, que forman parte de la intimidad de la vida anímica. En cambio, a los contenidos de lo inconsciente colectivo los denominamos *arquetipos*” (Jung, 1970: 10).

En el caso del mito y la leyenda, el arquetipo es una manifestación indirecta por ser producto de una elaboración consciente, por ello, Jung distingue entre “arquetipo” y “representaciones arquetípicas”, lo cual no le quita lo fascinante al asunto de la reproducción de una idea original durante miles de años, primigenia, en la memoria de los pueblos, símbolos elementales. En ese sentido, el símbolo en las manifestaciones de tradición oral permanece en el tiempo y se extiende en el espacio, tomando múltiples formas y acomodándose en las diferentes culturas (Báez-Jorge, 1992: 247-263).

Para empezar, el hábitat de la sirena es el agua, elemento que posee su propia significación. El agua es considerada como “umbral o puente entre dimensiones” (Martos, 2012: 38). Aquellos lugares donde habita el agua son considerados mágicos y peligrosos: “acercarse a un manantial o a un río suele acarrear una experiencia extraordinaria, y, por tanto, un riesgo, que los mitos o leyendas personifican en seres o episodios” (Martos, 2012: 42), lugares de memoria, incluso cuando ya no existan más.

La sirena es un personaje que ha funcionado como tópicos, motivo, metáfora y símbolo a lo largo de muchos siglos. Su vigencia se basa en la actualización que ha sufrido dentro de cada cultura, por lo que el símbolo que constituye ha variado o se ha combinado con otros, de cultura en cultura.

En el relato de Homero, *La Odisea*, “las sirenas atraían particularmente a los navegantes” y se “les atribuía la facultad de adormecer a los hombres con sus cantos a fin de poderlos devorar acto seguido; con sus voces calmaban los vientos del mar; conocían y podían revelar todos los secretos” (De Gubernatis, 2002: 36). Asimismo, sobre el origen de esta sirena griega se sabe que: “la representación del alma-*ba* egipcia fue el modelo del alma-ave griega y de su descendencia mitológica de sirenas y arpías asociadas con la muerte” (Báez-Jorge, 1992: 37). Justamente, relacionado con esto, pensadores como Platón, Teón y Plutarco “atribuye[n] a esas sirenas una función soteriológica: su canto infunde a las almas de los muertos el amor por las cosas divinas, y las guía así hacia su destino celeste” (Molina, 2002: 116), antiguo psicopompo que, en la actualidad, ya no aparece como tal.

El mar, para los griegos, está directamente relacionado con la muerte. De esta forma, el primer atributo de las sirenas es su capacidad de *revelación* del conocimiento, lo cual es peligroso y se relaciona con la idea del agua como espejo, es decir, como revelación, como oráculo (Martos, 2012: 49-52). Esta alusión de la Grecia antigua no es la primera que juzga peligroso el conocimiento: recordemos la pérdida del paraíso que Adán y Eva sufrieron, en la mitología hebrea-cristiana, cuando deciden comer el fruto prohibido: la manzana del árbol del conocimiento, apa-

rentemente reservado a Dios. Ahora bien, los episodios de la manzana prohibida –hebreo– y de las sirenas –griego– tienen un elemento en común: la vinculación entre el conocimiento, la sexualidad y el comer o devorar. Este último verbo también entraña connotaciones simbólicas y metafóricas.

Las sirenas devoran a los hombres. Prometeo es devorado por aves de rapiña por haber *iluminado* –simbólicamente– a los hombres con el fuego –o conocimiento–, el cual se agota y renace. En otra línea, Cronos, el tiempo, devora a sus hijos también en el vaivén del final que forma las condiciones para otro comienzo. Así, en el acto simbólico de devorar:

el glotón evoca a la vez destrucción y creación, muerte y vida, y de ahí el simbolismo posible de los dos dragones enfrentados. [...] El movimiento de vaivén cósmico debe poder efectuarse en los dos sentidos, so pena de ser definitivamente interrumpido. Es significativo que el t'ao-t'ie [chino], como el kála-mukha [hindú], se represente por lo general en el dintel de las puertas. La puerta conduce a la muerte, así como a la liberación: la muerte no es destrucción, sino transformación; la vida emana del Principio y retoma al Principio. La deglución de la codorniz no es su destrucción, sino su entrada en la caverna, que es la antecámara del cielo. El kála-mukha es el ritmo universal de la manifestación, a la vez generosa y temible, alternativamente, flujo y reflujo, expansión y reintegración, kalpa y pralaya. La “faz de gloria” es la faz del sol, por donde se efectúa la salida del cosmos; es también la faz de Dios, irreal y verdadero, velado y revelado, el Juego perpetuo y terrible de la ilusión cósmica (Chevalier, 1986: 533).

Las sirenas de Homero atraen a los marineros con sus hermosos cantos. También los marineros poseen su propia simbología. Los marineros son viajeros, seres que buscan: “El riquísimo simbolismo del viaje se resume en la búsqueda de la verdad, de la paz, de la inmortalidad, en la busca y el descubrimiento de un centro espiritual” (Chevalier, 1986: 1065), sobre todo si se habla de la navegación. “Las pruebas –y las etapas del viaje–”, dice Cirlot, “son ritos de purificación”, “búsqueda” (2010: 464).

Recordemos directamente las palabras de las “divinales” sirenas al llamar a Odiseo:

¡Ea, célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca, sino que se van todos después de recrearse con ella, sabiendo más que antes; pues sabemos cuántas fatigas padecieron en la vasta Troya argivos y teucros, por la voluntad de los dioses, y conocemos también todo cuanto ocurre en la fértil tierra (Homero, 1971: 470).

El dominio de las sirenas no es tanto el mar como el aire, mismo que se asocia con la palabra, la creación (Cirlot, 2010: 74), el espíritu y la libertad (Chevalier, 1986: 67), todo lo cual se liga con el hecho de que ellas son una especie de oráculo; le ofrecen a Ulises hablarle, cantarle e informarle tanto sucesos épicos como domésticos. Pero el precio es la muerte, a lo cual se niega Ulises y se sale con la suya: logra escucharlas sin ser devorado por ellas, por su conocimiento, por lo cual su avance espiritual es enorme. ¿Qué cosas habrá aprendido Ulises, al estar tan cerca de la muerte? Además, es pertinente la pregunta: ¿por qué el conocimiento se considera peligro? Seguramente porque este se consideraba sagrado en prácticamente todas las culturas antiguas, por ello pertenecía a un pequeño grupo de iniciados, sacerdotes o chamanes. En algunos pueblos, como el hebreo, acceder al árbol del conocimiento, a la manzana prohibida, tiene connotaciones sexuales. Asimismo, el conocimiento se considera peligroso porque implica poder.

Quizá ellas mismas eran una especie de narrador oral poseedor del conocimiento. En ese sentido, “doctas sirenas” las nombra Ovidio en las *Metamorfosis*. Cicerón interpreta el episodio de las sirenas, en la *Odisea*, de esta forma:

no parece que fuera con la dulzura de su voz, ni con la novedad y variedad de sus cantos con lo que solían atraer a quienes navegaban cerca de ella, sino porque declaraban saber muchas cosas,

de suerte que los hombres quedaban atrapados en sus rocas por la pasión de aprender.²

Así lo dice Borges: “Para tentarlo [a Odiseo], las sirenas le ofrecieron el conocimiento de todas las cosas del mundo” (Borges, 2003: 208). El canto es la manera como se expresa el “poeta adivino”, pues el “canto es el símbolo de la palabra que liga la potencia creadora a su creación” (Chevalier, 1986: 67).

En este momento, físicamente, las sirenas no son tan seductoras como lo serán después, al cambiar las alas por la cola de pescado. En su traslado del aire al mar, las sirenas han simbolizado cosas distintas –quizá complementarias, no necesariamente opuestas–, como la tentación sexual, con lo que su papel de oráculo ha sido casi olvidado. Entran en la categoría de personajes femeninos *malos* por ser seductoras:³

son símbolos del deseo, en su aspecto más doloroso que lleva a la autodestrucción, pues su cuerpo anormal no puede satisfacer los anhelos que su canto y su belleza de rostro y busto despiertan. [...] Parecen especialmente símbolos de las “tentaciones” dispuestas a lo largo del camino de la vida (navegación) para impedir la evolución del espíritu y “encantarlo”, deteniéndolo en la isla mágica o en la muerte prematura (Cirlot, 2010: 419).

Según Chevalier, las sirenas representan no sólo el deseo peligroso, sino su represión:

En la imaginación tradicional lo que ha prevalecido de las sirenas es el simbolismo de la seducción mortal.

Si se compara la vida a un viaje, las sirenas representan las emboscadas, nacidas de los deseos y de las pasiones. [...] Simbolizan la autodestrucción del deseo, al cual la imaginación pervertida no presenta más que un sueño insensato, en lugar de un objeto real y de una acción realizable. Es preciso aferrarse como

² Cfr. García Gual, 2014: 31.

³ Hay muchos personajes de este tipo, desde las ondinas hasta la Xtabay mexicana.

Ulises a la dura realidad del mástil, que está en el centro del navío, que es el eje vital del espíritu, para huir de las ilusiones de la pasión (Chevalier, 1986: 983).

No hay que olvidar tampoco el carácter monstruoso de las sirenas, que atraían a los hombres para devorarlos, aunque, el *comer* también puede ser alegórico. De cualquier forma, culmina con la muerte y destrucción del varón que las escucha.

Siglos después, tanto en la Edad Media como en el Renacimiento, los poetas hablarán de las sirenas respecto a sus encantos sexuales. Boccaccio se referirá a ellas como bellas meretrices, ya con cola de pescado. El cristianismo pensará en ellas como símbolo del pecado, de las tentaciones, y durante el Barroco, siguiendo las ideas de desengaño y falsas apariencias, la sirena simboliza la belleza engañosa.

Hay también otras interpretaciones sobre el significado de las sirenas, como la de Horacio, quien las considera alegorías de la “desidia y la inactividad” (García Gual, 2014: 87). Finalmente, durante el siglo XIX, las sirenas fueron protagonistas de historias de amores imposibles, como el clásico *La sirenita*, que se ha tradicionalizado.

De esta forma, “en su intrincada totalidad simbólica la sirena sintetiza el llamado problema del mal. Condensación valorativa, simultáneamente particular y universal; pancrónica y ubicua. Símbolo mítico y moral, genio evocado que, como advertiría M. Mauss, tiene su propia vida y se reproduce indefinidamente” (Báez-Jorge, 1992: 249). Al respecto, Báez-Jorge posee un amplio estudio sobre personajes marinos en Latinoamérica que tienen relación con la sirena. Aunque en algunos casos, como en la Yemayá de tradición yoruba, la comparación es un tanto forzada, es sorprendente la forma en que la figura de la sirena, en efecto, de forma pancrónica y ubicua, vive en tantas culturas; está relacionada con muchos seres mitológicos, y simboliza cosas muy diferentes en el continente americano. En general, esta criatura representa: divinidades marinas, a quienes hay que adorar para obtener alguna ayuda de ellas, como protección de las fuer-

zas naturales o alimentar al pueblo; “mujeres” seductoras, macabras, algunas de ellas relacionadas también con divinidades, que pierden o matan a los hombres que las siguen: “fornicar con el espíritu maligno (espejismo del amor ilícito) implica la muerte, sanción sobrenatural” (Báez-Jorge, 1992: 151); y muchas castigadas por no cumplir con rituales católicos o por no obedecer a sus padres. Estos motivos son la base, insisto, de una gran cantidad de historias y coplas tradicionales en todo el mundo, incluido México.

En lo que respecta a las narraciones recopiladas en la zona sur del Distrito Federal, vamos a encontrar otros símbolos, otras interpretaciones, aunque siempre con rasgos de los símbolos que hemos visto a lo largo de estas líneas. Relacionada con la figura de la mujer fatal, que seduce para perdición de los hombres, este personaje tiene una misión que cumplir. Dicha relación no es menor. Generalmente son los hombres, pero también las mujeres corren peligro de ser seducidos por figuras fantasmales que pueden perder el alma de las personas, a manos de personajes como el Charro Negro, la Llorona, la Mariana, la Xtabay, la Mayahuel y un amplio etcétera, quienes, diosas o humanas, se vieron envueltas en una injusticia. En el imaginario mexicano, esas figuras tientan a los humanos con su sensualidad y belleza, lo cual no necesariamente es un imperativo contra la sexualidad, sino una defensa a favor de ciertas áreas, prohibidas para el hombre, sagradas o que deben resguardarse por motivos de preservación.

En primer lugar, se sabe de las sirenas, a través de la voz de estos narradores orales, lo siguiente:

Ten cuidado, tú que andas por allá, porque te puede encantar con su belleza, con su canto, porque sale a cantar, y sale a calentarse. En una piedra se sienta. La gente que la ha visto ven a veces su cuerpo, y su demás cuerpo, de su cintura para abajo, está en el agua (José Genovevo Pérez Estrada).

Los hombres que luego van caminando solos ven una represa de agua que tenemos; ven que luego anda una mujer en la orilla

de la laguna y se pone a cantar. Y se han arrimado muchos, ven que se mete al agua y le alcanzan a ver la cola como de pescado [...], y pues sí, han alcanzado a ver que cuando se hunde es una muchacha muy guapa, pero con cola como de pescado (Miguel Ángel Molina Ibáñez).

La vio, estaba en una laguna y se salió la sirena y le vio todo el cuerpo. De arriba, pues tenía cuerpo de una sirena y abajo normal, como pescado. De ahí, pues ya no, fue todo lo que vio. Se espantó porque le dijeron que si la oía cantar se lo podía llevar. Y ya no volvió a voltear, porque si volteaba se lo iba a llevar. Ese es el cuento de los señores grandes, que son muy creyentes de lo que les dicen de las cosas, antigüedades (Joel Martínez).

Él [...] dice que escuchó un chasquido en el agua, como que botaba y vio a una chica muy bonita de pelo rubio sentada en el peñasco (Yolanda Morales).

Pero el cuerpo nunca lo vimos, nada más la vuelta que dio y la colota, y eso fue todo lo que vimos porque ya no regresamos de curiosas al mismo lugar, por el impacto de ver la cola. Por eso nos echamos a correr, pero la cola era grande, así, abierta en medio y brillante. Es una de las cosas que viví de niña (Yolanda Morales).

La imagen de entrada proyectada por estas descripciones es muy tradicional: la peligrosa y hermosa sirena que canta y se zambulle al agua. Resalta su belleza. En el caso de Yolanda Morales, la sirena tenía el pelo rubio. Hay una sola mención al peinarse los cabellos, lo cual aumenta la sensación de peligro, pues, por tradición, las antiguas Ondinas, seres también peligrosos, aparecen a veces peinándose su magnífica cabellera, "instrumento de sus maleficios" (Bachelard, 2003: 130), aunque en nuestro ejemplo sólo se utiliza para caracterizarla:

- Una vez la vi como a la una de la tarde. Se estaba peinando.
- ¿Y con qué se peina, si no hay peine? O ¿qué? ¿A poco había peines Pirámide?

Dice:

– No: con los huesos de los pescados, con eso según peinaba su cabello, largo hasta acá, le llegaba hasta la cintura, negro, negro, negro.

– Ah, bueno. A ver, ¿y sus ojos de qué color son?

– También son negros.

Otros dicen que son verdes; otros, azules. Ahí es donde ya cambia. Otros, que el pelo más corto; otros, que el pelo rubio. Pero la mayoría dice negros, sus ojos negros, como tiene que ser, como las mujeres de nosotros. ¿A poco van a ser como los de las mujeres de Estados Unidos o de Europa, como esas güeras desabridas pelos de elote? Tienen que ser como nosotros, ¿pues cómo? (José Genovevo Pérez Estrada).

Este peligroso ente femenino puede provocar desde daños físicos, hasta enfermedades, muerte, desapariciones, como se ve en los siguientes ejemplos, respectivamente:

Como si tuviera varicela, sarampión, así se engranaba. Y más que nada, a pesar de que la sirena puede ser que sea más de Europa, por aquí en Xochimilco sí suena, mucha gente la ha visto. Escuchado no, no hay mucho relato de que la haigan escuchado, pero visto, casi por lo regular la veían bañándose. Y la gente que pasaba a pescar, también la llegó a ver en la pesca (Fernando Celada).

Ella dice que vio que el niño decía que iba a agarrar un pescado de colores, pero el pescado como [que] chillaba, no se dejó agarrar. Entonces llegó a su casa como en unas horas, a las dos horas, el muchacho se enfermó. No sé si fue aire, pero muy grave que se puso, y fueron a llamar un doctor. Pero él no le hizo nada. Su mamá cuenta que veía cosas el niño, entonces veía como que andaba... un hombre de un traje [...]. Entonces este niño se murió, falleció. Cuando el niño se iba para la iglesia, empezó a caer gotas nada más, pero gotas, no a llover fuerte, y aire. Y cuando el niño salió de la iglesia, ¿verdad?, aquí antes se sepultaban aquí en la iglesia, en el atrio se sepultaban todavía. Y cuando el niño ya se iba a sepultar empezaron a caer otra vez gotas gruesas y empezó

hacer aire (sin datos del informante; recolectaron: Beatriz Córdova y Regina Cruz).

Se hacía una especie de remolino, entonces jalaba a la gente, eso sí, recuerdo que me contaron que la sirena hacía remolino y los jalaba. Entonces dejaron de usar el aljibe. El agua esta fue en el 32 o en el 35, porque el tubo metálico fue de Petróleos Mexicanos, con Lázaro Cárdenas. Ya después, tendrá como veinte años que está el de asbesto (Rafael Andrade Argüelles).

Esta mención de Rafael Andrade es inquietante, pues la sirena se lleva a las profundidades a la persona que invade su territorio. Si bien no hay alusiones a la glotonería de este personaje, sí entraña la sensación de secuestro a otro mundo. Hay que tomar en cuenta que el aljibe real no era tan profundo ni grande como un lago o el mar, sólo se llenaba de agua en época de lluvias, lo cual, por cierto, ya no ocurre.

También en otras regiones de América se le atribuye a la sirena la capacidad de enfermar o, incluso, enloquecer a quienes se encuentra (Pedrosa, 2002: 83).

El siguiente relato se une a las historias que hay sobre la Isla de las Muñecas en Xochimilco:⁴

Hace mucho tiempo, unos reporteros fueron a investigar y le preguntaron al señor que por qué ponía esas muñecas, él contestó que para que los malos espíritus y que para que la sirena no se lo llevara; y que él una vez fue a pescar y se encontró un pez muy grande, pero se le escapó dos veces, y después fue a pescar otra vez y se encontró con la sirena, y él le cantó para que no se lo llevara.

Su sobrino le dijo que tuviera mucho cuidado que para que no se lo llevara la sirena, y le dijo su sobrino que él iba a ir a ordeñar a las vacas y que al rato iba a regresar. Pero regresó el sobrino a

⁴ La Isla de las Muñecas es un pequeño islote que se encuentra en el lago de Xochimilco, en la Laguna de Teshuilo. Su nombre se deriva de las muñecas que su antiguo habitante, don Julián Santana, colgó en los árboles para ahuyentar al espíritu de una muchacha que murió ahí ahogada, lo cual da al lugar un aspecto macabro.

su casa del señor; y no había nadie, y que fue al río, bueno, al canal, y que vio a su tío muerto, ahogado, y que dice: "Fue la sirena la que lo mató". Muchos dicen que fue un paro, pero el sobrino dice que fue la sirena la que lo mató (David Aguilar).

Curiosamente, quien, en apariencia, seduce con su canto en este relato es el hombre, y no la sirena. La aparición de la sirena también puede ser un mal augurio, lo cual se relaciona con la figura de la sirena como oráculo. En este ejemplo, el anuncio dice que alguien va a morir ahogado:

Total, que ya escucha uno todo, yo me acuerdo estaba yo sentado por ahí, te dan un café, un té, un pan en la noche y ya rezan, terminó el rosario y ya empezaba a lloviznar, empezó a lloviznar igual que como cuando la sirena, pasó creo eso un año después. Esto se relaciona porque el presagio anuncia algo, alguien se va a ahogar en este pueblo, y dos se ahogaron, dos de otro pueblo, los muertitos, pero deja continuar. Al siguiente día se va a enterrar al niño, y mi mamá, mi mamá dice: "Tienes que llevar al niño a enterrar, tú lo vas a cargar" (José Genovevo Pérez Estrada).

El canto de las sirenas mencionado en estas historias es, también, hipnótico, por medio del cual los hombres desaparecen, literal y metafóricamente "se pierden":

Pero también con su cántico te puede encantar. [...] Ah es muy peligroso, te puede llevar a su cueva donde vive y ya no regresas nunca. Varios ya no han regresado al pueblo porque quedaron encantados y se los llevó; como que los duerme y se los lleva (José Genovevo Pérez Estrada).

Pues cuando cantan es cuando te llevan. Y si volteas a verla y si te canta, pues, como dicen los señores antigüitas, pues sí, si voltean a ver, cuando están cantando, no al mismo tiempo pero sí llega a suceder, si se los llevan les da un paro cardiaco del susto (Joel Martínez Téllez).

Nuestros informantes encuentran, de manera intuitiva, una relación entre la sirena y la Llorona:

Pasa lo mismo con la Llorona. Yo he tenido varias experiencias donde en Xochimilco también me han comentado compañeros que yo conozco y he conocido que ahí sobre los canales... Antes eran chinampas donde se dedicaban a la calabaza, al jitomate, así, se dedicaban a la hortaliza, a cultivar, este, todo tipo de verdura, inclusive hasta, como dicen por ahí, en Xochimilco, eran las chinampas famosas porque xóchitl es de flor de muerto. O sea, ahí se dedicaban a la flor de muerto en la época de muertos, de ahí salía toda la flor de muerto. Ellos eran inclusive los portadores de todos los pueblos de por acá donde se iba a consumir la flor, la de Xochimilco. Por eso se le puso, y hasta la actualidad, se nombra la reina, la mujer más hermosa de x, o más bella, que viene siendo la de las flores. Sobre de eso, pues antes eran igual, era terrenos de siembra, eran chinampas de cultivo, hortalizas, en la actualidad pues ya son, este, casas, casa habitación. O sea, las chinampas desaparecieron. Pero qué es lo que pasa ahora; que la gente que se va a vivir ahí oyen muchas cosas de lo que ya tú me preguntabas, de la Llorona, ¿no? Que pasa gritando por los canales y la gente se estremece, les da miedo, y no nomás lo oyen uno, lo oyen toda la gente. Si habrá más de cincuenta o más de cien o más de mil casas sobre los canales, porque ya las chinampas desaparecieron, todo el mundo la oye (Miguel Ángel Molina Ibáñez).

De hecho, en una de las historias, el informante mezcla o confunde totalmente a ambos personajes:

Lo que según se ha oído acá es: salía la sirena o se solía oír lamentos de ella que gritaba y todo eso. Yo nunca me he topado con el muerto o el aire. [...] De la sirena me contaron mis abuelos — tienen más de medio siglo que murieron —, me contaban de la sirena, que salía con sus lamentos, sus gritos, que sus hijos... Estaban en la noche, acostados, descansando y ella gritaba y caminaba por las calles aquí en el pueblo. No sé si encontraba a alguien o quería llevarse a alguien, pero así que gritaba: “Ay, mis hijos” y quién sabe qué... Incluso a quien le puedes preguntar es al doctor Abel.

Ese, supe, aún la escucha hasta la fecha. Se aparecía en un pozo, y en ese pozo se estancaba el agua temporal, y ahí los de la escuela según iban a nadar, iban personas que iban a nadar. El hermano de Armando, el mayor, fue a nadar ahí. No sé qué vio exactamente o cómo fue que le ganó el mal, pero murió el muchacho (Rafael Andrade Argüelles).

Dicha relación es comentada por Báez-Jorge, al encontrarse con una narración oral, cuyo registro data de 1942, en Puebla:

De acuerdo con el informante (hablante de náhuatl) las sirenas se llamaban, en los tiempos antiguos, *Swateyomeh*. Lavaban en el río y “eran completamente blancas”. Sus largos cabellos caían sobre sus tobillos. Frías y huecas eran sus manos, monstruosidad que no era obstáculo para perseguir a los hombres. La sirena “viajaba por el viento” y “lloraba como una mujer”. En realidad al principio eran “mujeres reales”, pero su corazón “se puso amargo”, se transformó en sirena y “hundió a su hijo dentro del agua”. [...] De ahí su nocturno lamento (1992: 152).

Pero no siempre la sirena aparece con consecuencias funestas: a diferencia del relato de Aguilar, donde muere la persona que intenta pescar a la sirena, el relato de Francisco Jiménez cuenta que, si esta cae en la red, proporciona riqueza: “No, aquí era, de que la llegaban a ver, era vista bañándose, y te digo, que nomás cuando tú la atrapabas en la pesca, en la red la enredabas, te daba monedas de plata”, como premio porque la dejaron en libertad.

Hasta aquí las menciones de las sirenas coinciden con las ideas generales, de muchas culturas, existentes sobre las sirenas. Pero hay un rasgo específico, regional, muy interesante, que resalta entre todo: las menciones de que el agua fue entubada. En este sentido es claro que, “aunque la *mitología comparada* descubra *patrones* universalizados, aunque haya enunciados compartidos entre muy diferentes culturas, lo cierto es que la enunciación es siempre local, contextualizada, construida de forma *sui generis* en cada comunidad” (Martos, 2012: 48). De esta forma, las comunidades rurales de la Ciudad de México recuerdan:

Cuando yo llegué a la escuela sí se veía el agua, porque ya después la empezaron a entubar. Y se veía el agua, donde pasaba el agua para la entubación se veía muy bonita, porque era cristalina. Se la llevaron para la ciudad de México, entonces cuando fue el acueducto que hicieron allá arriba, ¿verdad?, pero fue en tiempos de Porfirio Díaz cuando empezaron a hacer el acueducto para que se la llevaran.

Y había unas bombas para sacar el agua de abajo para que se la llevaran. Y por eso desapareció la sirena. Y cuando la sirena se fue... ya no volvió a haber agua aquí. Los canales se secaron. Y ahora mandan esa agua sucia, que dicen que la procesan, pero... (sin datos del informante; recolectaron: Beatriz Córdova y Regina Cruz).

Como esta laguna está retirada, está con rumbo al monte, a su orilla, muy poca gente llega a pasar por ahí. Ahí hay agua que se va para la ciudad, del otro lado del estado, que es Parras. Ahí ya entubaron el agua también para que esa gente de ahí tenga agua potable. Pero la tienen mejor que toda la delegación Milpa Alta, pues esa agua es directamente del agua que nace de ahí (Miguel Ángel Molina Ibáñez).

En ese sentido existe otra relación interesante: la pérdida del agua trae como consecuencia la desaparición de las sirenas. Con este hecho, es clara la misión de la sirena: cuidar el agua, preservar y proteger los lagos. Sin agua, no sólo la sirena perdería su mundo, también se pierde la misión que la consagraba a los lagos:

Le digo que lo que yo sé de las sirenas nada más es eso, que cuidaban los manantiales y ahí las veían a veces. Pero ahí está la otra: no eran sirenas, eran sirenos. En la versión que yo sé, eran sirenos. Pero se supone que es una plática de los antiguos para proteger los bienes naturales. En cualquier civilización se protege. En este caso, era una forma de proteger el agua. Igual la del Charro Negro, igual. Para el sexo femenino: "No te acerques al manantial porque sale el Charro Negro y te lleva". Para el opuesto, las sirenas te encantan y te llevan al agua, como una forma de no acercarse al manantial. Básicamente, en eso gira la que yo sé: sirenos o sirenas

eran que custodiaban las fuentes de agua, manantiales, que ahora ya están secos (Antonio Mendoza).

Su partida, el abandono de los protectores de los lugares acuáticos, devela la pérdida de las lagunas, del recurso vital:

—Pero te voy a contar (te vas a espantar), algo más maravilloso: cuando se fue, todo el pueblo lo supo. Se fue ahí, por el mes de mayo.

[...] Pues llegó la nube acá. Primero dicen que llegó al bosque de San Luis Acuexcómatl, y anduvo regando todo el pueblo así, dando una vuelta y otra vuelta. Definitivamente como a las tres, tres y media, se posó encima del manantial, y dicen los que lo vieron, cuando la nube anduvo así tan duro en todo el pueblo: “Va a pasar algo, va a pasar algo, va a suceder algo”, porque ya otras veces había sucedido algo: se ahoga alguien, se quema una casa, pero pasa algo, son presagios.

— Ah bueno, ten cuidado con esas cosas porque anuncian algo, son presagios.

— Ah, pues fíjate que la sirena ya no quería vivir ahí porque el agua ya se estaba acabando; [...] yo lo conocí cuando era mucha agua, mucha, mucha, mucha agua; hoy falta agua en el pueblo. Es un presagio, se va acabar ya el agua en el pueblo. Y dicho y hecho, como si lo hubieran cantado, porque después hay versiones parecidas de otras señoras de la misma edad de mi abuela o de tíos o de tías, es lo mismo.

[...] Pero la nube llegó y se posó ahí. Dice que la gente lo vio porque fueron a ver porque la nube se estacionó allá y vieron cómo la sirena subió a la nube, se sentó en la nube negra con blancos.

[...] La sirena se subió en la nube, igual dio una vuelta todo el pueblo y por la barranca ahí se fue rumbo al cerro. La barranca es la actual calle que se llama Floricultor; [ahí] está la primaria. Es la calle principal del pueblo y la nube se fue rumbo al Teotli por ahí, entre, le decía, entre San Gregorio, San Pedro y Milpa Alta, se fue la nube para allá y cuando llegó al teotli, empezaron los tronidos, “pram, pram”, así como cuando va a caer una lluvia muy fea. Cuando una tormenta cae por así en forma violenta se dice que “azotó la culebra” y sí caen y trae cosas esas lluvias. Aquí ha arro-

jado uno como pescado, ha arrojado, ha de traer unos como tepalcates, unos como pescados, pues “los traía de quién sabe dónde” (José Genovevo Pérez Estrada).

Es clara la relación que existe entre la sirena y el agua. Cobra sentido su función como guardiana, como protectora del lago, en una simbiosis donde se mezclan creencias prehispánicas y occidentales. La protección se logra de cualquier forma, ya sea engañando a los hombres, son la imagen de seductora, para “matarlos” y, por ende, alejar a los demás, ya como siniestra bruja que llenará de granos la cara de las mujeres. Es sumamente conmovedor el hecho de que, cuando el agua se entuba, la sirena se va en otra figura de agua: la nube que llueve con terrible fuerza, en protesta del agua que le ha sido arrebatada al pueblo. Este hecho tiene una doble significación, según Martos: “La feminización de la naturaleza, al identificar el arroyo o la fuente con la mujer, y la demonización de la mujer, al hacer de ella un espíritu maléfico o depredador de hombres” (2012: 49). Supongo que esta interpretación cultural tiene que ver con la falta de pericia del espíritu occidental para concebir la unión del bien y del mal en una misma figura de poder. Mientras las culturas antiguas —aunque sí concebían la idea de la existencia del bien y del mal— adoraban tanto a los dioses “buenos” como a los “malos”, la cultura occidental ha enseñado a alejarse del mal —concebido como el diablo— y sólo a adorar a los “entes de luz”.

Por otro lado, la partida de la sirena simboliza también la pérdida de los dioses, el abandono de los seres maravillosos que resguardaban todas las cosas, a los hombres, a la naturaleza. De esta forma, este personaje mexicano tiene también cierta influencia prehispánica. Al respecto, dice Berenice Granados:

La sirena forma parte del repertorio europeo de seres fantásticos que tuvo una acogida singular entre los pueblos mesoamericanos. Sin embargo, la figura femenina con características acuáticas ya existía en el área cultural desde tiempos remotos. No se trata de una sirena propiamente dicha, sino de distintas deidades femeni-

nas que presentan rasgos serpentinos. Recordemos que en el mundo simbólico existe una fuerte identificación entre el agua y la serpiente; en muchas culturas la representación iconográfica del líquido vital es una línea ondulada semejante a una serpiente en movimiento. Entre los nahuas del Altiplano central aparece en las fuentes y en la iconografía de origen prehispánico el batracio, pez o generalmente lagarto primigenio que da origen a la vida terrestre: Cipactli (2014: 132).

La relación entre nuestra sirena con una figura femenina prehispánica sólo es evocada por don Genovevo, uno de nuestros informantes, muy citado ya:

Algo anunció cuando la sirena se fue, ¿no? Y yo, sentado ahí. Se lo llevó la sirena, ¿qué no? Se lo llevó la Acíhuatl. Sirena: no, sirena es de alguien que no es letrado, que llegó a la secundaria o a sexto de la primaria: Acíhuatl, o Acicíhuatl, una deidad antigua que hubo aquí, que se veneraba, que los españoles le sobrepusieron su sirena. Trajeron su sirena, por como dice este niño, es del mar Egeo, allá la han visto los marineros de esos mundos, que en el mar ven cómo al barco lo van siguiendo la sirena. Igual los encantaba. Pero aquí es Acíhuatl.

Al respecto, Báez-Jorge también alude al nombre de esta sirena mexicana, de la que no se sabe mucho y que fue producto del “proceso de yuxtaposición y síntesis sincrética” ocurrido por la Conquista:

[T]iene que mencionarse a la sorprendente *Acihuatl*, que la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* describe como “mitad mujer, mitad pez” al narrar el origen y atributos de Tezcatlipoca. *Acihuatl* es referida como servidora de esta deidad (1992: 145).

Como se puede observar, la sirena que habitaba el sur de la Ciudad de México simboliza, sobre todo, la protección del agua en manos de un ente mágico, y en ese sentido, su caracterización oscila entre madre protectora y seductora que castiga, justamen-

te para proteger. Es difícil separar a estas dos figuras, en tanto que ambas cumplen la misma función en el cuerpo de la sirena.

Y así como los españoles arrasaron con las nuevas culturas encontradas en América, el hombre civilizado sigue arrasando con especies, ecosistemas, y hasta con lagos y montañas enteros. En términos generales, predomina el motivo de la sirena seductora que hace daño con el fin de ahuyentar a los hombres, quienes, en su uso genérico, pueden dañar las lagunas, es decir, apropiarse y derrochar los recursos naturales. La naturaleza al mismo tiempo benéfica y maléfica de la sirena coincide con la idiosincrasia prehispánica de concebir la convivencia del *bien* y el *mal* en un mismo ser, visión que va más allá del maniqueísmo occidental.

Con la destrucción, huyen las deidades. No es la primera vez que me topo con la huida de los dioses: el mítico Quetzalcóatl, que se fue ultramar, prometiendo volver (igual que el rey Arturo, que se marchó en forma de cuervo), reaparece en Santiago Nuyoo, Oaxaca. Cuentan que el señor de la laguna — una especie de gran serpiente con plumas — se enojó con los pastores, destruyó la laguna a través de un derrumbe, y se marchó. Es decir: los pueblos originarios siguen siendo abandonados por los dioses en su memoria oral, en un proceso parecido al paso del paganismo greco-romano a la religión católica. Los dioses desaparecen, desprotegiendo al hombre y al entorno. Sólo queda el humo de la ciudad.

Bibliografía citada

- BACHELARD, Gaston, 2003. *El agua y los sueños*, Ida Vitale, trad. México: FCE.
- BÁEZ-JORGE, Félix, 1992. *Las voces del agua: el simbolismo de las sirenas y las mitologías americanas*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- BERISTÁIN, Helena, 1992. *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa.
- BORGES, Jorge Luis, 2003. *El libro de los seres imaginarios*. Madrid: Alianza.

- CFM, 1980, *Cancionero Folclórico de México. Coplas que no son de amor*, tomo 3, Margit Frenk, coord. México: El Colegio de México.
- CIRLOT, Juan Eduardo, 2010. *Diccionario de símbolos*. Madrid: Si-ruela.
- CHEVALIER, Jean, coord., 1986. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder.
- DE GUBERNATIS, Angelo, 2002. *Mitología zoológica II. Las leyendas animales, Los animales del aire*, trad. Esteve Serra. Barcelona: Alejandría.
- DEYERMOND, Alan D., 2001. "Sirenas del *Cancionero folclórico de México* y su ascendencia medieval". *Anuario de Letras (Ejemplar dedicado a: Margit Frenk)* 39: 163-197.
- GARCÍA GUAL, Carlos, 2014. *Sirenas: seducciones y metamorfosis*. Madrid: Turner Noema.
- Gran diccionario nahuatl*, 2012. UNAM [ref del]. Disponible en línea, 24 de junio de 2015: <<http://www.gdn.unam.mx>>
- GRANADOS, Berenice, 2013. "'Esa agua tiene misterio'. Relatos sobre el lago de Zirahuén". *Revista de Literaturas Populares* XIII-2: 303-326.
- , 2014. "Relatos y ritualidades en torno al lago-mujer. Prácticas festivas y narrativas en Zirahuén". *Amaltea. Revista de Mitocrítica* 6: 111-144. Disponible en línea: <<http://revistas.ucm.es/index.php/AMAL/article/viewFile/46518/43706>>
- Homero, 1971. *Ilíada, Odisea*, Luis Segalá, trad. Barcelona: Círculo de lectores.
- JUNG, C. G., 1970. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós.
- MARTOS NÚÑEZ, Eloy, 2012. "Lecturas del agua (símbolos, ecocrítica y cultura del agua)". *Nuances: Estudos sobre Educação* 22, 23 (mayo-agosto, 2012): 37-56.
- MOLINA MORENO, Francisco, 2002. "Sirenas cantoras y ángeles músicos: entre Oriente y Occidente". En José Manuel Pedrosa, *El libro de las sirenas*. Almería: Ayuntamiento de Roquetas de Mar.
- OLIVOS PUIG, J., 1986. "Prólogo a la edición castellana". En *Diccionario de los símbolos*, Jean Chevalier, coord. Barcelona: Herder.

PEDROSA, José Manuel, ed., 1995. *Las dos sirenas y otros estudios de literatura tradicional: de la Edad Media al siglo XX*. México: Siglo XXI.

———, 2002. “Las sirenas o la inmortalidad de un mito (una revisión comparatista)”. En *El libro de las sirenas*, José Manuel Pedrosa, ed., Almería: Ayuntamiento de Roquetas de Mar.